

El Porvenir del Obrero

N.º 125

Oficinas: Castillo 59.—Mahón (Baleares)

20 Diciembre 1902

Número suelto 5 cts.—Trimestre 1 peseta

Paquete de 30 ejemplares, una peseta.

LIBERTAD

Los grandes esfuerzos empleados en la conquista de la libertad han producido bien pocos resultados favorables, porque generalmente no se tiene concepto claro de la libertad misma, ni de los derechos correspondientes a la naturaleza humana.

Esta falta de claridad ha permitido las sofisticaciones, que han esterilizado todos los buenos deseos.

En las constituciones modernas, que han costado tanta sangre, el pueblo tiene *escritos* suficientes derechos y medios de acción para poder emanciparse por completo de la esclavitud económica y moral. No los utiliza, sin embargo, ni son en sus manos de ningún valor; lo cual se debe, en primer lugar, a la astucia de los gobernantes, que no le hubieran concedido tales derechos, ni se los conservarían, si viésen que el pueblo estaba en disposición de utilizarlos provechosamente. Antes que consentir esto, cuando comprendiesen que no les bastaban las constantes falsificaciones, de cuya práctica viven, los gobernantes quitarían al pueblo todos los derechos *adquiridos* y provocarían la revolución.

Por otra parte, los pueblos no destruyen, ni pacífica ni violentamente, la mala obra de los gobernantes, porque solo tienen deseos vagos, aspiraciones cada día mejor definidas, si se quiere, pero todavía muy lejos de la claridad que es necesaria para la acción consciente y eficaz. La clase oprimida, formada por los trabajadores de todo género, no sabe bien lo que se propone, ni tiene concepto concreto de la libertad que aclama, ni conoce la plenitud de los derechos que debe hacer efectivos. Desea su emancipación, sueña con su bienestar, pero le falta comprender en qué ha de consistir éste y como ha de lograr aquella.

El individuo «hombre» está poco desarrollado; sus aptitudes están sofocadas; la idea de la personalidad es muy débil. Muy pocos han intentado siquiera imaginar lo que podrá ser el hombre libre, cuando, preparado por una educación racional y completa, cuyo mayor trabajo será destruir los insanos gérmenes atávicos, se halle en posesión de todos los medios que la naturaleza le ofrece, tanto dentro de sí mismo, como en la vida de relación y en las cosas exteriores.

Faltando al hombre, el fundamento primero ¿cómo ha de existir la libertad? ¿cómo han de ejercerse los derechos?

Lo que urge, por tanto, es hacer hombres, y esto es lo que han procurado impedir siempre, obrando de acuerdo, los poderes tiránicos, el Estado por medio de la fuerza y la Iglesia propagando errores, estableciendo leyes y costumbres a propósito para deprimir la personalidad. Será muy fácil hacer un hombre de cada niño cuando pueda educárseles a todos libre e integralmente, en la libre sociedad del porvenir; pero ahora no lo permite la organización social instituida en beneficio de una clase, la de los privilegiados, y en contra de los productores. Si estos quieren redimirse, si quieren llegar a ser hombres, necesitan luchar con el ambiente, vencer las dificultades externas, engrandecerse por el propio esfuerzo, en una palabra, «hacerse hombres dentro de sí mismos».

Las escuelas liberales, por regla general, preocupándose de las formas de gobierno, han descuidado al hombre, desconociendo u olvidando que la

sociedad es para el individuo y no el individuo para la sociedad.

No ha llegado al pueblo el estudio del *hombre interior*, de su vida, la verdadera vida, la suprema, ni de sus necesidades. El modo de ser interior es tan importante que realmente constituye nuestra individualidad. Para cada uno de nosotros, lo externo solo vive en cuanto le da vida nuestro pensamiento. El mundo exterior existiría sin nosotros, pero no para nosotros, como para el ciego no existe la luz y tiene que acomodar sus relaciones a los medios que le proporcionan los otros sentidos. Sin embargo, el ciego vive con tanta intensidad como otro cualquiera, y más, si es más sensible é imaginativo. Todo hombre es ciego en aquello que desconoce ó que sus facultades no le permiten comprender.

En las mismas condiciones y circunstancias externas, un hombre interiormente fuerte se siente libre, mientras otro, débil por educación ó temperamento, vive en la esclavitud más ignominiosa. La debilidad y la fortaleza provienen de dos causas principales: la herencia y la educación; pero ambas son corregibles y reformables en el individuo y en la raza. El agente reformador es la voluntad.

Querer, querer intensamente, querer por encima de todo, ésta es la gran fuerza que los libros orientales atribuyeron al simbólico dios creador: «Sea hecha la luz»; y la luz fué hecha.

El hombre que con todas las energías de su voluntad dice interiormente: «quiero ser libre», ya lo es en realidad. Tiene la hermosa libertad interior, que es la verdadera, la positiva, y al mismo tiempo la que más falta. Los hombres sujetos materialmente con cadenas ó bajo cerrojos son pocos, y quizá no son los menos libres. En cambio, la multitud que pasea por las calles y por los campos, es completamente esclava; sufre la esclavitud de su ignorancia y de sus preocupaciones. Al que reconoce su inferioridad respecto de otros hombres, del cura por su engañosa representación divina, del magistrado por su inicua facultad de juzgar, ó del jefe militar por su traje de vivos colores; al que no sabe ver a los demás hombres tales como son en sí mismos, prescindiendo de las ropas que les cubren, y se asusta y se deja dominar por las apariencias, ¿de qué le servirá el tener libres las manos y los pies, si á cada deseo le asalta un temor supersticioso y á cada aspiración se le opone una barrera moral?

Solo puede ser verdadera y prácticamente libre el hombre fuerte, el que sabe, el que tiene conciencia de su propio valer; el que ha muerto en su interior a los dioses y a los tiranos, para reinar él solo. El hombre fuerte se basta á sí mismo; no le hace falta el amparo de la ley para hacer valer sus derechos, ni la ayuda de sus semejantes para garantizar su libertad. De las necesidades y de los impulsos propios de su naturaleza hace nacer las reglas de su conducta, y no necesita de nadie para ser lo que es.

Mucho se ha predicado la unión á los trabajadores, y nunca se predicará bastante; pero la unión solo es indispensable á los débiles, para fortalecerse, y á los ignorantes, para instruirse; á los que son defectuosos para completarse mutuamente. El hombre fuerte no habrá menester la unión para su provecho, pero la buscará para beneficio de los demás; satisfará su necesidad de amor auxiliando á los débiles, enseñándoles, procurando elevarles á su altura, entregándose por completo y sin pedir na-

da, porque la superior cualidad, que caracteriza la fortaleza racional, distinguiéndole de la bestial fiereza y de la cruel cobardía es precisamente la generosidad.

Las ya planteadas y enconadas luchas sociales han demostrado plenamente que los gobernantes no temen á la multitud rebañó; con la mayor indiferencia, como cumpliendo una ordinaria función administrativa, mandan á sus sayones que acuchillen á los amotinados, y continúan, con supremo desden, entregados á sus habituales preocupaciones, á las luchas bizantinas de camarilla ó de partido. Pero si un solo hombre consciente aparece ante ellos, los tiranos tiemblan.

Modernizadas filosofías aristocráticas condenan á los trabajadores á tutela perpétua; les consideran niños que nunca crecerán, manadas de siervos que nunca alcanzarán la personalidad de hombres libres. Esto es falso. La evolución humana se realiza en toda la especie y no en un escogido número de individuos. Si cada época nos presenta un grupo de hombres superiores á sus contemporáneos, también es cierto que cada vez son más los que participan de las ventajas de la civilización. El trabajador antiguo no tenía ningún medio de instruirse y dignificarse; hoy pueden hacerlo casi todos los que viven en países civilizados, con solo poner de su parte una voluntad decidida y un esfuerzo constante. Por esto comienzan á ser temibles.

Dejar de ser rebaños amontonados por los malos pastores, para convertirse en hombres libres, conscientes, enérgicamente dueños de sí mismos, pudiendo dar cada uno mucho á la colectividad y necesitando tomar poco de ella, ese es el verdadero ideal de emancipación humana que los trabajadores deben proponerse.

Conquistarán su libertad en cuanto sepan comprenderla; y la comprenderán en cuanto tengan personalidad suficiente. La libertad escrita en las constituciones y en los códigos es vana, es ridícula. La libertad nace de la necesidad de la acción, propia de los hombres fuertes. Estos no se preguntan ni en qué consiste, ni como han de adquirirla; la llevan en sí mismos. Es una manifestación de su naturaleza, de su interior modo de ser, que se exterioriza en actos.

J. M. y Mir.

¿Quién puede decir positivamente por qué la nación española, tan preponderante en otros tiempos, ha quedado tan atrasada en la vía del progreso? El súbito despertar de las naciones europeas de las épocas más atrasadas, es también un problema de difícil resolución. En esta edad pasada, como hace notar M. Galton, casi todos los hombres distinguidos que se consagraban á la meditación y al cultivo de la inteligencia, no tenían más refugio que la Iglesia, y como ésta exigía el celibato, ejercía de este modo una influencia funestísima sobre cada generación sucesiva. Durante este período fué cuando la Inquisición, con un cuidado extremo, buscaba para quemarlos en los autos de fé ó para encerrarlos en los calabozos, á los hombres de un espíritu más independiente y más atrevido. Solamente en España, los hombres que formaban la parte más selecta—los que dudaban é interrogaban, porque sin la duda no hay progreso—fueron eliminados, durante tres siglos, á razón de un millar por año. El mal que ha causado así la Iglesia católica es incalculable.

Carlos R. Darwin.

UNA CARTA

HABLAS, Carlos, de justicia y de conciencia. ¿Las hay? Veámoslo:

Como tú no ignoras, para la conservación de nuestra vida necesitamos de un continuo trueque de servicios y productos. ¿A dónde irás que no te roben? Vas a un mercader y le compras cualquier mercancía. Como se la pagues por el precio que te fije, sales robado. Entrará a poco en la tienda una dama que, regateando, sacará por cincuenta lo que tú pagaste en ciento. Ni a tu comerciante le recordará la conciencia ni se lo tendrá nadie en falta.

Hará mucho más el mercader como pueda. Te dará lo nacional por lo extranjero, y te cargará el cambio, un sobrepeso de un 20 a 30 por 100. ¿Escasea la mercancía que tú le pides? Te cobrará doblado. Gracias que no te engañe en medida, calidad ni peso. Todo sin el menor remordimiento de conciencia.

Ve al capitalista. Este opera ya más en gordo. Se adueña de talleres, de fábricas, de minas, de ferrocarriles, de transportes marítimos, y por lo que sudan millares de trabajadores, atendidos a un jornal misero, realiza fabulosas ganancias. Emite acciones y obligaciones, las eleva por medios artificiosos a más del 100 por 100, las vende a los incautos, y en meses, cuando no en días, obtiene pingües beneficios. El es el que aprovecha el alza momentánea de los nuevos valores del Estado, con el que sin cesar negocia. La penuria del Tesoro es para él otra fuente de riqueza. ¿Siente tampoco ese capitalista remordimientos? Vive y muere gozoso y satisfecho, principalmente si de sus acrecentamientos ha dado a los pobres una parte mínima.

Pues entráte ahora en los que ejercen las profesiones que llamamos liberales. A peso de oro venden su menguada ciencia. No se contentan ya con miles de reales ni de pesetas letrados ni médicos; miles de duros ponen en sus cuentas sin el menor escrúpulo ni el menor recato. ¿Han adquirido bien ó mal fama y renombre? Aunque no hayan aumentado en saber, desuellan al que cae bajo su pluma ó su escarpelo. Hallarás otro tanto en otras profesiones.

Paga el Estado a los oficiales del ejército y la marina, para que en los periodos de guerra, relativamente cortos, defiendan a costa de su sangre la nación y el orden; y cuando llega la hora de que llenen su oficio, no hacen acto de valor ni corren peligro por los que no exijan recompensa: ya un ascenso, ya una cruz pensionada, ya otra que los equipare en sueldo a los de superior categoría. Así has visto a tantos crecer como la espuma en nuestras desastrosas guerras. Nada valen para ellos las derrotas ni los ahogos de la patria.

Esto acontece poco más ó menos en las demás carreras del Estado. Hay el mismo afán por los ascensos, y son pocos los oficiales que limitan al sueldo sus aspiraciones.

Buscan gajes y recurren a mañas mil para que los remuneren los que tengan negocios en sus oficinas. No esperan que se los soborne: provocan el soborno. Esto es lo que principalmente constituye la corrupción administrativa que tanto se lamenta.

Para concluir, amigo Carlos. La justicia con que sueñas, ni existe, ni puede existir bajo el régimen social en que vivimos. Te pondré un ejemplo. Si un día te consultaran, ¿serías capaz de decidir cuánto vale en justicia tal escrito forense, tal operación quirúrgica, tales ó cuales planos para la construcción de una casa, un camino ó un monumento? Habrías de tomar en cuenta muchos factores para determinarlo y no hallarías regla fija de que partir en tus cálculos. De aquí que cada profesor ponga sus honorarios según su desvergüenza y su codicia.

La arbitrariedad, no la justicia, es la que impera. Ríete de esa Economía política que tanto estudias. Justifica plenamente la arbitrariedad que reina. ¿Puede haber nada más arbitrio que la ley

de la oferta y la demanda? ¿Ves que haya sombras ni dejos de justicia en que un producto, porque abunde, valga hoy cuarenta, y mañana, porque escasee, valga ciento? Tu Economía admite esta ley, la considera indeclinable y no piensa en modificarla.

Pásmame, Carlos, que siendo hombre de buen juicio hables de la justicia absoluta. En lo moral, no hay nada absoluto. No lo es la justicia, ni lo son la verdad ni la belleza. Verdades que parecían eternas han dejado de serlo; cosas que se tuvo por bellas en otros pueblos y siglos, no lo son ahora; instituciones y leyes que duraron miles de años y parecieron justísimas, han caído ó son objeto de rudos ataques. Va pasando todo por una serie de evoluciones, y sería locura decir que hemos llegado a la última.

Precisamente pasa la justicia por una de sus evoluciones más trascendentales. No la ven ya muchos sino en la igualdad de clases y condiciones. Califican de injusta la propiedad de la tierra y aún la de todos los instrumentos de trabajo. Niegan en redondo la productividad de los capitales. Ponen en duda el derecho de penar, sobre todo el de condenar a muerte. Rechazan la monarquía y aún el Estado.

Aún cuando se realizasen las esperanzas de esos hoy soñadores, no habríamos llegado a la última evolución de la justicia. De la luz de la humosa tea hemos venido a la limpia y brillante luz eléctrica; ¿crees tú que no pasará por otras evoluciones el alumbrado? La luz eléctrica tiene ya hoy competidores.

Perdona, Carlos, que haya sido tan largo en contestarte tu amigo

Francisco Pi y Margall.

LOS CAMPOS

¡Son los campos! Las Tablas donde escribe la sacrosanta Tierra su decálogo de paz, leyes de vida y frutos de abundancia;

preceptos de armonía en que los árboles dan sombra a los rumiantes y a los hombres; en que los bueyes, que trabajan, aman al viejo labrador que los conduce.

El firmamento es la cabeza augusta de la tierra, cubierta de nublados; las montañas sus hombros gigantes; los campos sus entrañas.

Aquí la vida se alimenta y pasa derramando sus dones; aquí brotan las doradas espigas, ondulando como exámetros griegos, aquí el día deja ver cuándo empieza y cuándo acaba.

¡Son los campos! La Tierra sin cadenas: la República inmensa, imaginada por el viejo Platón.—Bajo la misma serenidad de un cielo

las yedras trepan; el gusano arrastra por el suelo su cuerpo, las palomas beben entre los huecos de los troncos, duermen los perros y tranquilamente se tienden, a la sombra, los rebaños.

¡Nadie obedece a nadie, y todos juntos cumplen con los preceptos de la Vida!

La Tierra abre su seno, permitiendo que el hombre la fecunde; por sí mismas se doblan las espigas bajo la hoz del labrador, las huellan las pardas yeguas inconscientemente y el trigo se desgrana; sopla el viento y el grano se desprende de la paja!

Nadie se opone al triunfo de las cosas, ni, con leyes imbéciles, pretende cambiar la Ley no pronunciada nunca, en la paz de los campos;

nadie ha puesto cadenas a los árboles, ni a los almendros, en Abril, ha dicho

—¡no florezcais!—Las estaciones ruedan con todo su esplendor sobre estos sitios!

Sin obstáculo alguno, se desliza por los campos el carro de la Vida, lleno de majestad, lleno de frutos, serenándolo todo!

Como los carros que, al caer la tarde, rebotando de mieses, arrastrados por la dorada yunta de los bueyes atraviesan, crugiendo, los rastros.

Las tintas del crepúsculo iluminan los montones de paja; los chiquillos hierven en torno de las grandes ruedas increpando a los bueyes;

Los labradores siguen a los niños enjugándose el rostro y, sobre el carro, los esposos recientes—los amantes de la siega anterior—rien a todos, mientras los libres pájaros del aire se paran sobre el hierro de la lanza para picar las rebosantes mieses!

E. Marquina.

EL ARTE DE MATAR

EN esta materia no se ha puesto trabas a la inventiva. Los legisladores de muchos países todavía no solamente quieren suprimir el culpable, sino que experimentan un horrible placer haciéndole morir en medio de atroces sufrimientos.

Antiguamente se conocían casi todos nuestros suplicios, y además se practicaban otros.

Los judíos hacían morir a los condenados de diversas maneras, según la naturaleza del delito: la estrangulación, la crucifixión, la lapidación, el fuego, los latigazos y vergajazos que no acababan hasta que moría el culpable, y la degollación; a los criminales que no merecían ninguna piedad se les ponía entre dos tablas y se les aserraba con ellas.

Los egipcios usaban los mismos suplicios que los judíos, quienes probablemente los habían copiado de sus antiguos perseguidores.

Los atenienses arrancaban mechón a mechón los cabellos de los adúlteros. Ciertos crímenes eran castigados envolviendo al paciente en una malla erizada de láminas cortantes. También se usaba la cicuta.

En Roma los criminales culpables de traición eran precipitados de la roca Tarpeya. Tenían también las fieras del circo, las hogueras, los blandos humanos, el potro y el aceite hirviendo.

Los cartagineses empleaban la «cruz de San Esteban».

Los persas descuartizaban atando al reo entre dos árboles violentamente encorvados que al soltarlos y enderarse se llevaban cada uno un pedazo.

Hoy día mismo, en China y Japón los nobles reciben la orden de darse la muerte, ya sea abriéndose el vientre con un sable, ya estrangulándose con un cordón de seda; y las personas de condición inferior son decapitadas con un sable. Existe todavía el suplicio chino de los treinta y seis hejazos: el verdugo cuelga al sentenciado de un gancho y enseguida le arranca con destreza treinta y seis pedazos de carne, sin matarle; luego se le abandona hasta que sobreviene la muerte.

Los turcos prefieren el suplicio del palo: se acuesta la víctima boca abajo, y un auxiliar del verdugo se le sienta sobre la espalda, a la vez que otro le coge la cabeza para impedir que se mueva; se le introduce violentamente por el ano una estaca gruesa, y luego se levanta y se clava la estaca en el suelo de modo que el cuerpo del reo pese sobre ella; entonces se le abandona, y la muerte por regla general, tarda en llegar dos ó tres días.

En Rusia se empalaba todavía a fines del siglo diez y ocho. La zarina Isabel sustituyó el palo por la horca; el paciente es levantado hasta el patíbulo con la cabeza cubierta por un saco; la cuerda se desliza por una polea.

El mismo suplicio se emplea en Tunez.

En Inglaterra y sus colonias el ahorcamiento tiene lugar dentro de las cárceles. Se coloca al sen-

tenciado sobre una trampa con dos puertas que se abren de golpe hacia abajo, dejándole suspendido de la cuerda que permanece fija.

En Méjico y en toda la América del Sur se ahorca por el antiguo sistema. Solo los reos políticos son fusilados, pena que no se considera infamante.

En Suecia y Noruega se ahorca á la inglesa, y en Austria por el sistema ruso.

En Alemania se decapita, para lo que en Prusia y en casi todos los Estados del Norte se emplea el hacha, mientras que en Baviera y el ducado de Baden se usa el sable ó el machete.

En Francia y en Argelia existe la guillotina.

En Tonkin y la Indo-China se mata con un sable de grandes dimensiones.

Los Estados Unidos del Norte América han sustituido la horca por la *electrocución*.

En España se estrangula en *garrote vil*.

En Italia se ahorcaba como en Rusia, después guillotinaron; y por último han abolido la pena de muerte para las causas civiles. Para los militares existe todavía, pero se aplica muy raras veces.

Son muy buenos y muy piadosos los que sostienen que el mundo debe continuar como hasta el presente, con sus sacerdotes, sus caudillos, sus magistrados y sus verdugos.

En cambio los revolucionarios, que quieren establecer una sociedad en que estas cosas no sean necesarias, son muy mala gente.

R. T.

Lo que debe la sociedad

Si la sociedad debe tender á moralizar á sus miembros es preciso ante todo que ella ponga fin á las injusticias sociales. Es necesario que el hombre sea feliz para ser bueno y virtuoso; y el crimen es la consecuencia de la miseria. Una sociedad organizada de un modo moral, sobre los principios de la justicia y de la prosperidad generales, daría ya por sí sola pocos pretextos al crimen, de suerte que, sin arrastramiento expreso ó formal, aquéllos se producirían cada vez más á lo lejos. Si se agrega á esto la influencia del ejemplo de la educación, aquellas cualidades transmitidas hereditariamente por los parientes educados por sí mismos en un medio moral, se tendrá un estado social muy satisfactorio, que ni la religión ni los sermones ó el temor de los castigos habría podido producir.

La naturaleza intelectual del hombre se volverá desde entonces mejor, sus buenos instintos le destruirán los malos, y las numerosas instituciones destinadas á prevenir ó castigar el crimen se volverán cada día más inútiles.

Vendrá un tiempo en el cual, habiendo desaparecido los sacerdotes, las iglesias, los tribunales, las prisiones y los cadalsos, se estudiará nuestro estado social con la misma admiración que nosotros consideramos la Edad Media ú otras épocas bárbaras; un tiempo en el que el altruismo habrá vencido definitivamente al egoísmo que hoy reina. Con el bien entendido, que para permitir el advenimiento de esta era de felicidad universal, es preciso primeramente destruir el pauperismo, instruir al pueblo, habituarlo á reflexionar y á dominar sus pasiones; darle la libertad de la cual entonces él será digno; en fin, es preciso combatir siempre y en todas partes la omnipotencia del capital, origen de todas las injusticias sociales.

Luis BÜCHNER.

Hace ya cerca de dos mil años que el evangelio aborta; Jesús no ha redimido nada, pues el sufrimiento de la humanidad es tan grande y tan injusto como siempre, y el evangelio no es más que un código abolido del que las sociedades no podrán sacar nada más que perturbaciones y enojos.

Es preciso eximirle.

E. Zola.

Consideraciones acerca del abuso del tabaco

PERTENECE el tabaco á la gran familia de las solanáceas, y fué dado á conocer en Francia por Juan Nicot en el año 1560.

Al descubrir Vauquelin en 1809 el alcaloide del tabaco, le dió el nombre de nicotina, en obsequio y como recuerdo de Nicot. Este agente químico, la nicotina, fué más tarde estudiada por Reinann, Boutron y Barral, demostrando que á él se deben los efectos tóxicos del tabaco. La nicotina es uno de los pocos alcaloides líquidos y uno de los venenos más violentos. Localmente, el tabaco, es irritante sobre las mucosas y soluciones de continuidad. Excita la secreción de la saliva y en contacto con la mucosa del estómago, provoca náuseas y vómitos. Otro de los efectos locales consiste en producir afecciones catarrales de las mucosas, que acaban por engruesarse, haciéndose casi insensibles á las impresiones sensoriales.

Estos efectos locales del tabaco dan lugar á verdaderos estados morbosos, caracterizados por faringitis granulosa, hiperemias de la laringe, tumefacción de las cuerdas bucales, originándose anginas crónicas y afonía ó ronquera más ó menos pronunciadas, pero siempre muy difíciles de curar. A ese estado que se crea en la laringe, es debido la excitación constante y molesta que en ella se siente y que produce una tos molestísima, cuyos accesos se manifiestan por la mañana, y que se llama *tos de los fumadores*.

Cuando la nicotina pasa á la sangre, se presentan los fenómenos de intoxicación, que pueden ser agudos y crónicos.

En el envenenamiento agudo, el individuo se muestra inquieto, intranquilo, siente gran ansiedad, náuseas, vértigos, amagos de síncope y sensación de calor al epigastrio. Si la dosis ha sido fuerte, no tarda mucho tiempo en hacerse más graves y muy alarmantes los síntomas enunciados; las náuseas se transforman en vómitos, los amagos de síncope en profunda adinamia, y la sensación urente del estómago en dolores cólicos intensísimos. Siguiendo este cuadro morbo, la piel se cubre de un sudor frío, el dolor de cabeza principia, y sus comienzos son ya insufribles y con pertinaz y horrible constancia se dilatan las pupilas, zumban los oídos violentamente, y el nicotizado pierde el conocimiento, alejándose; despierta, y el despertar va acompañado de ayes lastimeros, lanzados con desesperada violencia, y cual si estos sufrimientos no fueran bastantes, estallan, repentinamente, ataques horribles y convulsos, que dejando intervalos de engañosa calma, sumen al pobre enfermo en un estado de colapso, de coma, de reposo, de quietud, de silencio, pero del silencio eterno de la muerte.

Verdaderamente que estos casos de intoxicación aguda son muy poco frecuentes, y se suceden en muy determinadas circunstancias. En la generalidad de los individuos que usan, ó abusan, del tabaco, se establece tolerancia orgánica, es decir, que ni el tabaco ni su nicotina producen alteración alguna. En otros muchos esta tolerancia tiene sus límites; y si no se manifiestan los fenómenos de intoxicación aguda, tal como antes se describieron, sufren las molestias del envenenamiento crónico.

Este se origina siempre que la sangre reciba el veneno á dosis pequeñas, pero repetidas con frecuencia. De este modo se envenenan los obreros en las fábricas, y de este modo sufren los efectos de la nicotina los fumadores. No hemos de describir las diferentes manipulaciones necesarias para la elaboración del tabaco en las fábricas, desde la abertura de los bocoyos, el oreo, la escogida, la mojadura, etc. Me limitaré á consignar que todas estas operaciones son peligrosísimas, dando lugar, con demasiada frecuencia, á fenómenos iguales, aún cuando menos intensos que los manifestados en la intoxicación aguda.

Así vemos que muchos obreros y muchas cigarreras, aún establecida la tolerancia para los ac-

identes agudos, la nicotina mina poco á poco su organismo, dando el tinte de su rostro una coloración amarilloterrosa y creando una *facies* especialísima, suigéneris, característica. Sufren inflamación del estómago, de los intestinos, fiebre, laxitud general, insomnio y anorexia, ó sea pérdida del apetito.

En otro orden de consideraciones, el aire que en las fábricas se respira, va impregnado de finísimas partículas de tabaco que, atravesando con el aire inspirado las vías respiratorias, se depositan en las celdillas pulmonares, dando lugar á irritaciones que originan diversas pneumopatías, creando un terreno abonado para el desarrollo del bacilo tuberculoso. Otro de los fenómenos graves que se observan en las cigarreras, acaso el de más consideración, es la frecuencia de los abortos, y Drysdale, de Viena, cita numerosos casos.

Este mismo autor dice que cuando el feto llega á feliz término y nace con aparentes condiciones de viabilidad, no es raro, sino muy frecuente, la muerte del recién nacido, si es lactado por su madre, dos ó tres meses después de la vida extrauterina.

De entre todas las formas de hacer uso del tabaco, la de más funestos resultados; la que produce con más frecuencia manifestaciones de intoxicación crónica; la que ocasiona lesiones cardiacas de laboriosa explicación, pero de resultados funestos indudables, lesiones atribuidas las más de las veces á causas distintas y por ello mal dirigidas; la que origina laringitis, anemias, toses pertinaces y peligrosísimas en determinados individuos, es la forma de usar el tabaco fumado, y sobre todo, y contra la creencia general fumado en puro.

Terminaremos estos ligeros apuntes estableciendo las siguientes conclusiones:

1.^a Que el fumar es un vicio peligroso que á nada conduce ni nada soluciona, á no ser para llevar á las arcas del Estado unas millonadas, enriqueciendo á la vez á unos cuantos accionistas.

2.^a Que ya que no sea posible desarraigar esa picara costumbre, debemos evitar el cigarro dos ó tres horas antes de las comidas, para que no desaparezca la sensación del hambre.

3.^a Que debe fumarse *sin tragar el humo* y usando boquillas largas que tuvieran próximo al remate del sostén del cigarro un filtro de carbón, cuidando de limpiarlo con frecuencia.

4.^a Que debieran los Gobiernos establecer delegados higienistas encargados de la inspección de las fábricas, informar sobre las mismas señalando inconvenientes é influencias nocivas que en ellas se encontraran, para venir en consecuencia á practicar aquellas reglas que tiendan al mejoramiento de sus condiciones higiénicas.

Enrique de MINGO.

La trata de blancas y las personas decentes

Poco pueden hacer las leyes en favor de las desdichadas que gimen en las mancebías. La autoridad cumple con la ley al hacerlas saber que son libres, que no las liga al lapanar ningún compromiso, ninguna deuda, que pueden abandonarlo cuando lo deseen y son dueñas de adoptar el género de vida que tengan por conveniente en uso de su libertad.

Pero la infeliz prostituta, al abandonar la casa de lenocinio, ¿á dónde irá? ¿Qué hará cuando quiera ser honrada? ¿Qué «personas decentes» la admitirán á su servicio cuando, arrepentida de su yerro, quiera dedicarse á una profesión, por humilde que sea, para ganar el sustento honradamente?

¿Qué «personas decentes» dejarán de hacer el vacío á la que con su trabajo quiera dignificarse? ¿No tendrá que sucumbir de nuevo á los apremios del hambre?

¡Ah! Si poco pueden remediar las autoridades, mucho podrían, si quisieran, las verdaderas personas decentes, dando la mano á la infeliz que cayó, impidiéndole, con el constante ejemplo de su moralidad, que vuelva á caer; dándole medios para que pueda vencer en la lucha por la existencia.

Así debiera ser, pero no es. Hoy las «personas decentes» tienen una virtud tan quebradiza, que no pueden resistir junto a sí, por «caritativas» que sean, el más leve soplo, ni la vista siquiera, no digo ya del vicio vencido, pero ni de la equivocación desgraciada, ó del desluz que originó la pasión...

Quien no cree en el arrepentimiento ajeno es incapaz de sentir el propio.

Mientras esta sociedad hipócrita entienda á la manera que hoy las entiende la honradez y la decencia, no hay redención posible para las desgraciadas mujeres que arrojó de su seno después de prostituirlas.

Las «personas decentes» no perdonan á la mujer que cedió su honra, enloquecida por los retorcimientos que en sus entrañas produjera el hambre; pero las «personas decentes» encuentran muy natural aprovecharse de la situación angustiosa de una mujer madre, esposa ó virgen, para hacerle proposiciones que la conduzcan á la deshonra....

Las «personas decentes» no perdonan á la joven seducida, que en el mero hecho de haberlo sido, probó su inocencia; pero las «personas decentes» no desprecian medio por infame que sea, para seducir, abusando de la inexperiencia, deslumbrando con su dinero ó con su posición....

¡Redimidas!.. Mentira. El lupanar será más llevadero que la vida libre, para estas desgraciadas, porque, fuera de él, se creerán con derecho á abusar de la que conocieron en el ejercicio de la prostitución, desde el polizón grosero al señorito nécio y el vago embrutecido por el alcohol.

Ninguno tendrá en cuenta que aquella mujer ha reconocido y enmendado su error, se ha arrepentido, se ha dignificado....

A Mier y Gonzalez.

LA MANO NEGRA

La campaña briosa y constante que emprendió nuestro colega de Madrid *Tierra y Libertad*, secundado por otros periódicos obreros españoles, comienza á tener resonancia en el extranjero. *Les Temps Nouveaux* ha publicado números extraordinarios que han corrido por todo el mundo y es de esperar que se promueva una seria agitación.

Desde luego nos adherimos al general movimiento de protesta, y más de una vez hablaremos de este interesante asunto.

¿CONVIENE VACUNARSE?

Ahora que las autoridades y los diarios locales recomiendan eficazmente la vacuna para preservarse de la enfermedad variolosa, vamos á reproducir los siguientes párrafos totalmente desfavorables á la vacunación de una crónica científica de Tarrida del Marmol, que publica *La Revista Blanca* en su último número:

«En estos últimos tiempos se han formado numerosas ligas contra la vacuna en Inglaterra, encaminadas á poner término á la viciación de la sangre por virus ó fermentos que se consideran peligrosos.

Hace ya algunos años que bajo la presión de la opinión pública, el Parlamento de Westminster promulgó un *act* según el cual, aunque sosteniendo en principio la obligación de la vacuna, consagraba la libertad del padre de familia. Basta que éste se presente ante un magistrado y le declare que cree, en conciencia, que la vacunación sería perjudicial en vez de ser útil para la salud de un niño, para dispensarle inmediatamente de su cumplimiento.

El número de esas dispensas aumenta de día en día: los antivacunistas son activos; dan conferencias y publican hojas y folletos gratis, que con sus datos y razonamientos sacuden la rutina y la indiferencia de las gentes que profesan el estúpido «así lo hemos encontrado, así lo dejaremos».

Los vacunistas, admitiendo que una enfermedad generalmente no ataca más que una vez si es imputable á una cismis específica, llegan á esta inconveniente deducción: es preciso infectar la economía para evitar sus peligrosos efectos; dar la enfermedad para combatirla.

El razonamiento sería aún admisible si la operación preventiva fuera absolutamente inofensiva, lo que no es cierto, resultando que infectar toda la humanidad de fermentos malos, es reducir el campo de la resistencia vital, favorecer el movimiento disolvente de la economía, practicar en general un sistema nefasto para la validez de la especie humana.

Este juicio se confirma por las estadísticas acerca de las relaciones entre las vacunas, de una parte, y de la difusión acentuada de la tuberculosis, de otra. Esta última ha sido juzgada en razón de causalidad con la primera, lo que habla muy en contra de las infecciones por virus.

Según una estadística del Dr. Farr, mueren en Inglaterra, por término medio, por 1.000 individuos: 6 de viruela, 12 del sarampión, 15 de la coqueluche, 30 de la escarlatina, 38 de fiebres, etc. Es muy probable que los 6 variolosos del millar inglés se redujeran á 2 ó á lo más 3, si en los grandes centros de población hubiese la higiene y la limpieza que la miseria y la ignorancia impiden que exista, y lo prueba que la misma estadística no da más que 2 por 1.000 en las villas sanas del Reino Unido, mientras que acusa 8 por 1.000 en Liverpool.

Resulta, pues, perfectamente insensato, aun admitiendo la eficacia de la vacuna, que para salvar esas 2 vidas se infecten las 998 restantes, exponiéndoles á accidentes, á la debilitación de la sangre, á la disposición á la tisis, etc., etc.

Algunos autores, Vindevoegel entre ellos, se pronuncian abiertamente contra el método en general, trátase de la viruela ó de cualquiera otra enfermedad atribuirle á una cismis específica. A su juicio, los fracasos de las inoculaciones de virus tuberculosos atenuados contra el virus y el microbio fimatógeno, han condenado definitivamente el método..»

DE BARCELONA

Nada influirá en el movimiento obrero la caída del Ministerio Sagasta-Moret y la elevación del Silvela-Maura. Por más que quieran los conservadores no se mostrarán más gobierno de clase ni más injustos con los obreros que los que se llaman liberales.

Para que el cambio no tenga ninguna importancia, ni siquiera tendremos nuevo Gobernador, pues parece que el nombrado por los liberales era impuesto por Palacio y será inconvencible hasta que le hagan fracasar sus desaciertos.

Nada bueno pueden esperar los obreros de un general salido del ambiente reaccionario que ha dominado en Palacio durante la minoridad del Rey. Los palaciegos desconocen al pueblo y le desprecian.

Los procedimientos de fuerza son contraproducentes; lo fueron en las colonias y lo serán más aquí. Los pueblos modernos no quieren ser esclavos, y cuando se les atropella se rebelan, un día ú otro, y las ofensas que se les infiere no se olvidan nunca, aunque de momento se imponga la fuerza material.

A propósito del cambio de gobierno, quiero copiar lo que dice el Dr. Centeno en *El Liberal*, en un ramillete de flores que dedica á los nuevos ministros.

«Me olvidé de LINARES... ¡Pobre chico! Cuando entre en Buenavista, no va á encontrar papel para una carta, ni obleas, ¡ni arenilla!

¡Bueno es don Valeriano! Cuando tocan á retirada... ¡todo lo retira!»

Por tratarse de un periódico importante, rico, y fuerte en la opinión, *El Liberal* no será molestado. Que si fuera un periódico modesto....

Por menos está procesado EL PORVENIR DEL OBRERO.

Cada día traen los periódicos noticias de nuevos atentados apócrifos y de proyectos de atentados que no se realizan.

La policía internacional no descansa.

El objeto de estas farsas es provocar una persecución contra los revolucionarios de todos los países. Se quiere preparar la opinión.

Pero la opinión ya sabe á que atenerse. El policíaco juego es conocido.

Son notables verdaderamente las conferencias para los niños que se dan todas las semanas en la *Escuela Moderna* por los Catedráticos Sres. Martinez Vargas y Odón de Buen.

Es admirable la difícil sencillez con que logran hacer asequible á las inteligencias infantiles conocimientos científicos de utilidad práctica, para lo cual, ciertamente, les ayudan las buenas disposiciones que los niños han adquirido gracias al sistema racional de educación que en dicha escuela reciben.

En gran número de sociedades obreras se está desarrollando la feliz idea de establecer Escuelas libres, por cuenta de las mismas sociedades, como el mejor medio de preparar el porvenir.

Si continúan por este camino, y es de esperar que continúen y aun que cada día sea mayor el convencimiento de que ésta es la mejor obra, harán falta maestros que conozcan teórica y prácticamente los modernos sistemas de enseñanza.

Es necesario que los jóvenes inteligentes y de carácter apropiado vean de enterarse.

Corresponsal.

COSAS

La «Asociación de Obreros Panaderos» de esta ciudad acordó en junta general extraordinaria celebrada ayer, no elaborar pan y panecillos en la noche del día 25 del presente mes.

«Le Journal» de París dice que en la inauguración del Dispensario antituberculoso, el señor Mesereur declaró que, dentro de poco tiempo, quizá antes de fin de año, quedará descubierto el suero antituberculoso.

En otra carta que publica «L' Autorité», el doctor Garrigues afirma que ha descubierto ciertas leyes naturales, gracias á las cuales, se establece una nueva terapéutica que le permite curar á los cancerosos y tuberculosos sin operación ni suero.

La *Federación Obrera* aceptará con sumo gusto cuantos libros, folletos y periódicos tengan á bien enviarle para su Biblioteca.

Dentro de poco tiempo reaparecerá el semanario libertario *Fraternidad*.

Para todo cuanto se relacione con esa publicación, dirigirse á Angel García, Tahona, 4, Oviedo.

El día 1.º del próximo Enero, se celebrará en Sevilla un mitin monstruo para pedir la libertad de los condenados en Jerez con el pretexto de la Mano Negra.

Hemos recibido una hoja de los grupos libertarios de Barcelona, en la que se pone de manifiesto la reprochable conducta de Bonafulla.

Leemos:

«Un telegrama de Aurillac dice que se ha producido en las minas de Champanag (Cantal) una formidable explosión de grisú de la cual resultaron muertos ocho obreros y heridos otros seis, casi todos de gravedad».

En cambio los accionistas de esas minas sin novedad, tal vez recreándose, mientras los pobres obreros sucumbían en las entrañas de la tierra.

¡Cuanta infamia!

En el local de sociedades obreras de Barcelona (San Simplicio, 4, pral.), se han establecido escuelas para los hijos de los socios que lo deseen con clases especiales de dibujo, francés, inglés y enseñanza general.

Hemos recibido el primer número de *El Pintor*, periódico quincenal órgano de la Federación de obreros pintores de Cataluña.

Dirección: San Simplicio, 4, pral., Barcelona.

La Redención del Campesino es el título de un folleto del compañero Antonio Apolo, primero de la serie que se propone publicar el grupo propagandista «La Acción».

Este folleto se venderá á 10 céntimos ejemplar, y á una peseta docena para los corresponsales; dirigir los pedidos á A. Apolo, Fomento, 22, pral., Madrid.

Próximamente aparecerán dos folletos: «El Crimen de Chicago», por Sebastián Suñé y «Episodios del Paraguay», por José Lopez Montenegro.

CORRESPONDENCIA

SEVILLA.—F. R.—Hemos enviado folletos, ¿Donde está Dios?

MANZANARES.—G. M. D.—Idem id.

MANLLEU.—S. R.—Conforme. Puedes girar directamente. Irán folletos.

ALGECIRAS.—S. A.—Recibida 1 peseta por conducto de *El Obrero Moderno*.

LEBRIJA.—S. C.—Hemos enviado folletos.

ZARAGOZA.—S. Q.—Idem, id.

BARCELONA.—G. J. L.—Por recibidas 4 pesetas.

TORELLÓ.—S. V.—Recibida 1 peseta.

PARÍS.—S. A.—Servimos suscripción.

VALENCIA.—*El Corsario*.—Enviamos folletos.

GALLARTA.—Corresponsal, Recibido artículo. Modificamos paquete.

JUMILLA.—S. P.—Servimos suscripción.

B. Fábregues, imp. Nueva, 25.—Mahón.
Talleres, San José, 69